

## UN NUEVO EJE INTERNACIONAL EN EL GOLFO PERSICO

La doble visita que desde el 8 de junio hicieron a Teherán el secretario de Estado norteamericano, William Rogers, y el secretario británico del Foreign Office, sir Alec Douglas Home, no fue destacada en las informaciones de la prensa cotidiana con toda la amplitud debida, porque la atención de la opinión mundial estaba fijada sobre otras cuestiones. Principalmente sobre la política interna estadounidense y sobre los debates en el Consejo de Seguridad de la ONU en torno a los siempre repentinamente confusos y paradójicos pleitos entre Israel y sus vecinos. Dicha visita de los dos dirigentes anglosajones fue explicada por el hecho (al parecer, rutinario) de que marchasen a tomar parte en la consabida reunión anual que suelen celebrar los cinco países ligados por el pacto de la CENTO y que se celebró entre el 10 y 11. Sin embargo, respecto a sir Alec Douglas Home, los informes publicados en la prensa del Próximo Oriente expresaban que había conversado detenidamente con el shah acerca de la situación próximo-oriental, sobre todo respecto a sus posibles nuevas perspectivas.

Al mismo tiempo, los diarios de Europa occidental daban cuenta minuciosamente de las ventas de armas que en Washington se había decidido hacer a varios países del golfo Pérsico; es decir, el Irán, Arabia Saudita y Kuwait. Sobre todo se trataba de material aéreo (incluso aviones «Phantom») y además de missiles. En el caso de Irán, se añadirían carros de combate de tipo supermoderno y algunos elementos navales.

En realidad, respecto a Persia-Irán, los aprovisionamientos de armamento de todas clases y el envío de instructores técnicos desde Londres y Washington ya venían siendo corrientes y frecuentes desde que en 1971 los ingleses abandonaron las zonas territoriales litorales que poseían en el ángulo del viejo Omán, que era llamado «el cuerno de Arabia». Los gobernantes del Irán se apresuraron a hacer que sus fuerzas navales ocupasen las pequeñas islas que guardan y dominan el paso entre el golfo Pérsico y el océano

Indico. Entonces se hizo evidente que Persia es actualmente el país que está en mejores condiciones técnicas y humanas para garantizar una cierta paz y una cierta seguridad en una escala regional muy amplia.

Lo más importante en los dos sentidos geopolítico y estratégico es que el llamado generalmente «problema del Cercano Oriente» (el *Middleeast* anglosajón) se ha bifurcado. Una cosa es el caso palestino (con todas sus facetas de las actitudes de los gobernantes de Israel; la apertura del canal de Suez; el destino del disperso pueblo palestino; el tema de la situación interna de Egipto, etc.) y otra cosa el complejo de las cuestiones del golfo. Aunque entre lo uno y lo otro existan puntos de confluencia, como los comunes intereses de las naciones productoras petrolíferas, y las pertenencias de algunos países del golfo a la Liga de los Estados Arabes.

En realidad, los dos principales puntos de originalidad dentro del complejo del golfo son el de que allí o en sus alrededores están los mayores sectores productores de petróleo y el de que el Irán haya llegado a convertirse en la nación más firme y más sólida. Sobre los petróleos han de contarse (por orden de producción) los de Irán, Arabia Saudita, Kuwait, Iraq y los diversos emiratos, incluyendo a Bahrain Qatar y Omán. Sobre el Irán ha de decirse que marcha hacia la primacía, no por la población, sino por otras causas.

Respecto al número de habitantes, Irán ocupa el cuarto puesto, después de los del nuevo Pakistán, Turquía y Egipto. Pero en la solidez la nación irania está, por ahora, exenta de presiones interno-externas, como las que en Egipto produce la presencia de las tropas israelíes, sobre todo el Sinaí; de dolorosos reajustes territoriales, como los sufridos por el actual Pakistán, privado de Bengala, o de tensiones de reajustes controlados, como las que siempre sostuvo la Turquía kemalista. Irán viene destacando entre los «países mayores» del Oriente de formas islámicas tanto por el factor económico de haber llegado a ocupar el puesto de cuarto productor mundial de petróleo (después de Norteamérica, la Unión Soviética y Venezuela) como por el antecedente político de haber vuelto a ser en cierto modo el continuador del remoto imperio persa Aqueménide, con lo cual se beneficia de una continuidad excepcional.

Por otra parte, existe un factor muy sólido y profundo que casi nunca se cita al enfocar los países del golfo Pérsico desde Europa occidental, pero sin el cual no se comprenden los principales fundamentos de los dos países principales de la región, o sea, el imperio iranio y el reino árabe saudita.

Esto se refiere a que ambas monarquías contemporáneas representan los dos principales puntos de origen y condensación de las dos grandes escuelas teológico-jurídicas en que se subdivide el islamismo teórico entero. Arabia Saudita, donde está La Meca y Medina, no sólo es el país de las peregrinaciones, sino también el punto más estricto en las escuelas legales de la *Sunna*. En cambio, en el Irán está la cabecera de la escuela de la *Chi-ah* o chi-ismo. Ambos (junto con los pequeños estadillos cheijales de Kuwait, Bahrain, Omán, etc.) componen un sector tradicionalista, y esto tiende a facilitar sus aproximaciones políticas.

El emirato de Kuwait o Kwait es el punto clave de las coincidencias regionales de intereses entre Teherán, Riyad y los pequeños países litorales de su lado Este. Tanto Irán como Arabia Saudita tienen un empeño directísimo en que Kuwait no sea conquistado ni absorbido por su inquieto y removido vecino, la República del Iraq. Así, el principio teórico de unas acciones simultáneas de Irán y Saudía se probó cuando en 1972 los gobernantes de Bagdad hicieron penetrar fuerzas armadas iraquíes dentro de las fronteras de Kuwait. Aquello recordó el primer conato de conquista, apuntado cuando poco después de que en junio de 1961 se proclamó la independencia de Kuwait, el general Qassem, entonces dictador en Bagdad, proyectó una conquista que abriese al Iraq un acceso pleno hacia el golfo (al cual hoy sólo se asoma por un estrecho boquete en la parte baja de la desembocadura del río Chatt al Arab). Aquel intento de invasión fue evitado antes de producirse porque llegaron a Kuwait tropas neutras de varios países árabes, enviadas por la Liga de El Cairo.

Cuando en 1972 se produjo el segundo conato de acción bélica iraquí sobre la frontera kuwaiti, también lo arregló una intervención de la Liga Árabe. Pero en esta segunda ocasión la principal novedad fue que al mismo tiempo se movieron hacia las dos fronteras de Kuwait e Iraq núcleos motorizados de tropas sauditas, dispuestas a llegar hasta donde fuese posible en defensa de la independencia kuwaiti. Y hay motivos para afirmar que el mismo empeño de mantener a Kuwait libre era compartido en Teherán.

En realidad, Kuwait se ha convertido en una encrucijada próximo-oriental de tensiones regionales y mundiales tan importantes como la del canal de Suez. Hasta ahora, cuando en los países de Europa se pronunciaba el nombre de Kuwait, dicho nombre casi sólo hacía evocar impresiones de riqueza fabulosa, viendo cómo en pocos años aquel emirato ha llegado a ser uno de los mayores emporios petrolíferos. Actualmente produce 147 mi-

llones de toneladas anuales de crudos. Sus reservas se calculan en 10.500 millones. También puede citarse el dato de que el promedio teórico de renta anual *per capita* es el más elevado del mundo y que los fondos kuwaitis depositados en bancos europeos y en financiaciones de Europa occidental y otros países árabes son enormes. Todo ello en un minúsculo país, cuya superficie es sólo de 16.000 kilómetros cuadrados. Sin embargo, desde 1972, el significado geopolítico de Kuwait tiende a imponerse sobre el económico. Sobre todo porque en Kuwait está el punto de engranaje (lo mismo en sentido favorable que desfavorable) entre el grupo de países de la Liga Árabe y el de la entidad islámica de desarrollo tripartito que forman Irán, Turquía y Pakistán.

Una de las particularidades más destacadas de Kuwait es la del origen de sus habitantes. Los residentes son 733.000 (a los cuales se añade una población flotante de negociantes de paso, beduinos movibles, turistas, etc.). Pero los ciudadanos kuwaitis nativos son 346.000, y los residentes ajenos, 387.000; es decir, un número algo mayor. La importancia económica del emirato explica que allí haya núcleos muy activos de anglosajones, armenios, persas, etc. Pero el fondo más denso de los habitantes no kuwaitis se compone de palestinos, entre los cuales se incluyen la mayor parte de los obreros de la industria petrolífera.

De Kuwait proceden, directa o indirectamente, gran parte de los fondos de sostén al conjunto del pueblo emigrado palestín en sus distintos sectores. No se trata sólo de la ayuda que los palestinos trabajadores en suelo kuwaiti envíen a familiares que quedaron, por ejemplo, en campos de la URWA. Hay una ayuda mayor por parte del Estado kuwaiti con subvenciones en metálico para las organizaciones políticas de la resistencia palestina; otras ayudas, socorro social a través de los servicios especializados de la ONU, concesiones de becas para estudios a alumnos y alumnas árabes palestinos (tanto musulmanes como cristianos), etc.

Lo más curioso (y poco comprensible) es que la palestinofilia oficial de Kuwait (como en cierto modo la de Arabia Saudita) se manifiesta «desde fuera», es decir, como si los destinos nacionales y humanos de los árabes de la Tierra Santa bíblica no tuviesen mucho que ver con los destinos de los Estados y estadillos de Arabia peninsular (incluso los dos Yemen). En la Arabia del golfo y fuera del golfo, lo mismo que en ciertos países africanos de idioma y formación arábigos, la causa palestina despierta simpatía y filantropía, pero de un modo algo ajeno. Esto se explica porque, de hecho,

en los distintos sectores del Próximo Oriente las circunstancias geográficas locales de unos y otros obligan a que los gobernantes de los diversos países traten de resolver en primer término sus localismos y sólo traten de procurar ganar tiempo en las cuestiones interarábicas generales, como las que viene planteando la existencia de Israel.

Así, al tratar del caso de todo lo relacionado con la guerra de junio de 1967 y sus prolongaciones políticas durante los seis años enteros que han transcurrido, hay que referirse siempre a una realidad tan fundamental como poco tenida en cuenta: la de que el problema del apodado «Oriente Medio» no es el de *una guerra de los árabes contra los judíos*. Esa definición, tan sonora como artificial, se encuentra al margen de todo análisis objetivo. La falsedad se comprueba en diversos sectores. Pero refiriéndose a la guerra de junio de 1967, es evidente que sólo fue una lucha de Israel contra Egipto y Jordania y que, a pesar de que se habló de una supuesta acción de «cien millones de árabes», en realidad Jordania y Egipto fueron los únicos Estados que pelearon, recibieron golpes y han venido soportando las malas consecuencias.

Volviendo a tratar del golfo de los dos nombres (Pérsico y Árabe) en relación con la actual crisis del Cercano Oriente, ha de destacarse el hecho esencial de que la principal consecuencia regional del prolongado cierre del canal de Suez y de la situación de tensión bélica sobre el espacio litoral de la entrada al mar Rojo, ha hecho que el centro y la encrucijada de las comunicaciones mundiales en el referido Oriente haya vuelto a ser la del golfo. Cuando entre la primera y la segunda guerra mundiales comenzaron a establecerse entre Europa occidental y Extremo Oriente, Austria, etc., las primeras líneas de aviones intercontinentales, sus principales itinerarios fueron los del llamado «Canal de Suez del aire». Desde las costas de Palestina y las del Líbano los vuelos se hacían sobre el ángulo del llamado «Creciente fértil», bajando por los llanos del Tigris y el Eufrates hasta el golfo y siguiendo después hasta el litoral indio de Bombay.

En líneas generales, aquello había sido uno de los principales itinerarios mundiales de la Edad Media (si no el principal). Los puertos del golfo sirvieron de punto de partida de viajes legendarios como los de Simbad el marino y de otros auténticos como los que llevaron hasta Cantón y Pekín a viajeros de Marruecos y España musulmana.

Cuando Gran Bretaña formó su gran Imperio de la India tuvo muy en cuenta que el acceso natural desde Europa (tanto respecto al peligro como a

la defensa) estaba en el boquete del golfo Pérsico. El año 1853 lograron los ingleses hacer firmar un tratado de hegemonía sobre los cheijatos del ángulo nordeste de Arabia o «Costa de la tregua». En 1891 hubo otro acuerdo de alianza más estrecha con el sultancillo del Omán. En 1899 otros dos con los jeques de Bahrain y Kuwait. Sabido es también que en los comienzos del siglo actual el kaiser Guillermo II de Alemania quiso patrocinar (en suelos del Imperio turco) la construcción de un ferrocarril desde Estambul a Basora que fuese un acceso turco-germano hacia la India. Gran Bretaña se opuso al proyecto por todos los medios. Aquello fue, sin duda, una de las causas indirectas de la que en 1914 se llamó «guerra europea» y después «primera guerra mundial».

Desde la referida mitad del siglo XIX hasta 1939, la instalación británica en el golfo fue la que impulsó las sucesivas ocupaciones inglesas en Egipto, Sudán, costa del Yemen y luego Iraq, Palestina y Jordania, etc. Del mismo modo ocurrió que cuando después de la segunda guerra mundial tanto Irán como Arabia Saudita, Iraq, Egipto y Sudán reafirmaron sus independencias, a la vez que surgían la India, Paquistán y Ceilán como nuevas naciones, esto acarreó la evacuación gradual de la región del golfo por los ingleses.

La etapa reciente y actual fue la comenzada desde que a fines del año 1971 fuerzas navales del Irán ocuparon militarmente las tres islas del Gran Tumb, el Pequeño Tumb y Abu Musa; en el sector de las bocas del golfo, que antes habían evacuado los ingleses. La ocupación irania produjo indignación en algunas capitales árabes, sobre todo en Bagdad. Por aquello, Iraq rompió sus relaciones diplomáticas con Irán, pero algunos jefes locales del litoral árabe vecino se mostraron dispuestos a colaborar con Irán. Por ejemplo, el principado de las islas Bahrain y el jeque de Sharya.

En realidad, desde que en septiembre de 1969 tuvo lugar en Rabat la Conferencia Islámica Mundial de Jefes de Estado y Jefes de Gobierno (con participación persa muy activa), la «política árabe» del shah de Irán se viene desarrollando con gran cuidado.

Como ya se ha dicho, el punto de iniciación y mayor solidez es el de la buena vecindad cooperadora entre Irán y Saudía, tanto por los intereses económicos comunes como por los de seguridad mutua ante las penetraciones de ciertas grandes potencias e incluso por aproximaciones de regímenes políticos, pues ya se ha dicho que los gobernantes de Teherán y Riyad representan dos sistemas musulmanes tradicionales. Riyad y Teherán

se apoyan mutuamente, aunque no siempre lo hagan público. Acaso para no dar la impresión de que la conexión persa tiende a aflojar el papel saudita dentro de la Liga de Estados Arabes, que tiene su sede en El Cairo.

Por otra parte, el primer ministro iranio, Amir Abbas Hoveida, en una visita oficial que efectuó a Túnez en mayo del corriente año, expresó enérgicamente la «simpatía total» de Irán respecto a las «grandes causas árabes», así como su afirmación de los derechos del pueblo árabe palestino y la total conformidad con las resoluciones de la ONU referentes a las evacuaciones de zonas ocupadas por Israel en 1967.

Durante la misma visita, Amir Abbas Hoveida (en una comida que le ofreció el jefe del Gobierno tunecino, Hedi Nuir) hizo constar que Irán deseaba que tanto el Mediterráneo como el océano Indico se vean libres de hegemonías y presiones de las grandes potencias mundiales. Esto recuerda que Irán, después de garantizarse el control del paso desde el golfo al Indico, ha conseguido que los dirigentes de las islas Mauricio le den facilidades para ampliar hasta allí su acción de vigilancia naval. Irán podría también utilizar puntos de apoyo en la costa de Pakistán en virtud de la alianza con este país en el sistema de la CENTO y en el de cooperación económica tripartita.

En la primera decena de mayo el shah efectuó una visita de inspección a la entrada del golfo y la región de Bandar Abbas. Allí pasó revista a la flota irania, que está en trance de aumento y reorganización. Dicha flota es la mejor dotada del mundo en embarcaciones ligeras de transporte rápido. Por otra parte, Irán dispone de una flota aérea de cerca de mil aparatos modernos (entre ellos, 108 Phantoms) y del mayor ejército de tierra de la región.

No sólo desde el aspecto militar, sino en el económico y en el de la planificación social, Irán se ha convertido ahora en el país más firme y de mayores posibilidades políticas de toda el Asia anterior.

El 11 de junio se abrió en Teherán la vigésima sesión del Consejo Ministerial del Pacto de la CENTO bajo la presidencia del ministro iranio de Asuntos Exteriores, Abbas Ali Jalatbary. Tomaron parte los ministros correspondientes de Turquía y Pakistán, así como sir Alec Douglas Home por Gran Bretaña y William F. Rogers por los Estados Unidos. En el acto de apertura fue leído un mensaje del shah en sentido pacifista (aunque subrayó la necesidad de que Irán, Turquía y Pakistán reforzasen sus medios de defensa). Pero también se mostraba decididamente en pro de un

apoyo total a todas las gestiones hechas en la ONU para que se supriman las amenazas de guerras, «para que empleemos todos los recursos existentes al servicio del bienestar y de la justicia social en el mundo entero».

Paralelamente, el shah no descuida extender el apaciguamiento y la cooperación irania a los sectores árabes del golfo. A la mitad de junio se informó que los dirigentes de Kuwait realizaban gestiones esperanzadoras para que entre Irán e Iraq fuesen restablecidas las relaciones que se rompieron en 1971.

El grupo regional que, a base de su pertenencia a la CENTO, aunque con características islámicas especiales, forman Irán, Turquía y Pakistán constituye dentro de los vínculos externos iraníes el factor actual más sólido. Entre los tres reúnen ciento dieciséis millones de almas y territorialmente crean un sistema de continuidad territorial que llega desde la Europa balcánica hasta el corazón del semicontinente indostano. Ahora se trata de intensificar los nexos de las comunicaciones tripartitas y los vínculos económicos (incluso procurando que Afghanistan se agregue al sistema de los tres). Por ejemplo, trayendo hasta el sureste de Europa las prolongaciones de la llamada «Ruta imperial del Sur de Asia», que tiende a unir las fronteras afganas con la turca a través del altiplano iraní. Además, no ha de olvidarse que Afghanistan tiene un sector fronterizo de acceso a China.

Por estos y otros varios motivos de equilibrios estratégicos y relaciones comerciales tuvo gran relieve la visita que a mitad de junio realizó a Teherán el ministro chino de Asuntos Exteriores, el cual dijo que la China de Mao se asociaba al deseo de que Irán reforzase su posición en el Golfo Pérsico y fuera de él.

Al mismo tiempo sigue el ritmo creciente de los enlaces económicos de Irán con Japón. Este país recibe de Irán el mayor contingente de petróleos para su industria y, a la vez, tiende a intensificar sus inversiones en Irán para apoyar los planes de desarrollo. Una tendencia semejante existe en Alemania Federal (según declaró en la radio de Colonia el ministro de Economía del Gobierno de Bonn). Y el ministro británico de Industria, M. Peter Walter, declaró que Inglaterra invertirá en ayuda de proyectos iraníes unos seiscientos millones de dólares. Así, a través de Persia, los países del golfo crean nexos directos con Europa occidental y el Extremo Oriente.